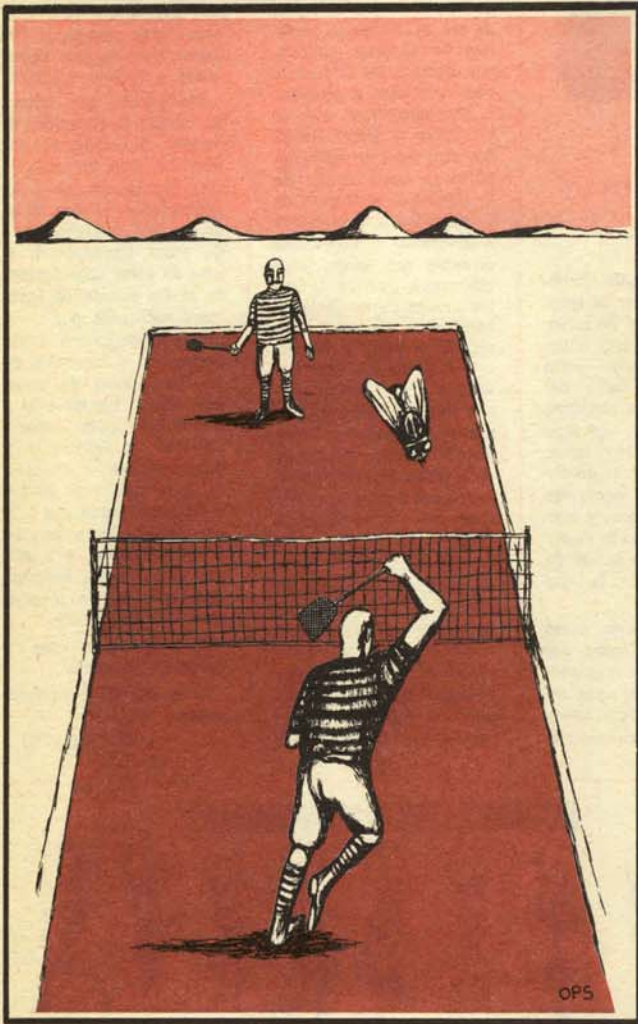




MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XVIII)



Alejandro me llevó a Madrid por unos días y allí tuve sorpresas agradables y desagradables. Me di cuenta de que era muy famosa en España cuando vi que los principales periódicos de la capital hablaban de mí como una gloria nacional. Un diario muy patriótico decía que los cuatro españoles universales del momento eran un galgo recientemente vencedor en una carrera de Munich, don Santiago Ramón y Cajal, un virus que se había cargado a casi todos los conejos franceses y suizos y una servidora:

«En Encarna se concentra la gracia y el tronío de la mujer sevillana».

Yo no era sevillana, pero a veces fingía el seseo porque me pagaban más los empresarios.

No todo fueron satisfacciones. Un lechuguino, asqueroso y zafio, me dedicó una copla en un semanario festivo:

En la noche sevillana
con la lunita temprana

una hermosa sultana
cantaba por bulerías
ante las caballerías.

La llaman la Bella Encarna
Encarna la Bella
dejó de ser doncella
por culpa de un comanche.

Yo, que leo esto, me desmayo. Don Alejandro me desabrochó el corpiño y me prodigó unos cuidados que se anticipaban más de cincuenta años a las técnicas del boca a boca. Yo volví en mí fuera de mí.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia más grande! ¡Ahora mi madre se va a enterar de que soy una perdida!

—Las madres saben comprender. ¿Qué no cabe en el corazón de una madre?

Algo me consolé, pero no del todo. Para animarme, Alejandro me llevaba a los mejores cafés y teatros. Ya entonces le observé una mala costumbre. Siempre se había descuidado el billeteo.

—Paga tú, niña, que no sé dónde he puesto el dinero. Y un día ya le lancé una indirecta.

—Pues podrías ponerte el dinero donde yo me sé, que así no lo olvidarías.

—No seas ordinaria, que vas a parecer una marquesa.

Eso sí, don Alejandro Lerroux era muy republicano y muy radical. Se rodeaba de jóvenes muy bárbaros, pero muy bien vestidos. No era de extrañar que entrara en la habitación un verdadero figurín con canotier y dijera a don Alejandro con una voz terrible:

—¡Pongo la bomba hoy, Alejandro?

—Con cuidado, con mucho cuidado.

—No va a quedar ni uno.

Cuando se iba el joven bárbaro yo me abrazaba a Alejandro y le preguntaba:

—¿Va a morir mucha gente?

—Es una bomba dialéctica, tontuela. Yo predico la revolución incruenta. Ni la revolución desde arriba, ni la revolución desde abajo.

—¿Desde dónde entonces, Alejandro?

—Desde en medio. Y hacia unos gestos...

(Continuaré)

